

ta más definido y fácil en cuanto al tercer acorde de la armonía, el de la insurgencia de las premisas autóctonas, que yo quisiera ver como centro de la historia nueva de la América latina.

De manera que para hablar de los destinos de nuestra América, hay que comenzar desde la última página del libro de Siegfried. Se dirá, tal vez, un libro descriptivo, como escrito para europeos; un libro de viajes espirituales para reanudar la vieja literatura de «noticias» que llegaba a los puertos de Europa. Pero el hecho es que el libro tiene gran cotización latinoamericana y que sólo aquí será leído con interés, máxime cuando su traductor, Luis Alberto Sánchez, le ha dado con sus finales de página un ambiente hogareño.

Santiago, abril, 1935.

RAMIRO PEREZ REINOSO.



«LAS BARCAROLAS DE ULISES», por *Jacobo Danke*

I

Forma y contenido influenciados por el mar. La música de estos raros poemas, claros y oscuros, tiene mucho de áspera, salobre y atormentada. Cuando se sale del mar, adquiere un tono suave de penumbra o de luz infantil. En estos versos hay un eco de olas atropelladas, una como prolongación de esa orgía disparatada que es la vida del mar. El mar de Jacobo Danke es un ser orgánico, apasionador y apasionado, un personaje tan emocional como los desertores músicos que describe en «Verificación del Circo». Este mar que cabe en las manos de Jacobo Danke, no pierde su plasticidad. El poeta es más exacto en las sensaciones visuales que en las auditivas y de allí el extraordinario interés de su temática marina.

Modelado, color, música. El mar se mimetiza en la emo-

ción artística. Pasa de las masas heroicas a los tonos fogosos o a los ritmos sombríos. Por esto a ratos es sólo volumen, materia plástica; luego color, ausencia de dibujo, de contornos, de arquitectura; por fin, música, sonido-medido o bárbaro-loco o simétrico. Frente a su mar estatuario, recuerdo a Chirico, el plástico, reflejando la ira de la ola en volutas llenas; su mar de color me hace pensar en Monet, el impresionista, abismado en la lucha de los tonos; y en su mar musical, el agua parece consciente de su armonía, como sucede en los temas acuáticos con Debussay.

Todo esto—que a simple vista parece erudito—justifica mi deseo de explicar esta poesía de Danke por asociaciones, por relaciones no propiamente poéticas.

II

En el fondo, Jacobo Danke es un romántico. No trata de ocultarlo. Vive de la inquietud, como las brújulas, Parece inmantado, influenciado por desconocidas zonas magnéticas. Su olor a marino hace que uno se apegue a su fe. Su romanticismo es complejo, por cuanto no es crudamente individualista. Hay algo en él, brazos de masa sufrida, que desplaza el empalagoso yoísmo romántico, el radicalismo en la visión introspectiva, el subjetivismo decadente que no hace sino reproducir una sensibilidad cansada, agotada, sin camino. Los nuevos románticos son místicos y como individualistas de izquierda, iconoclastas. El individualismo, en su final etapa anarquista, es místico. Los autores no revolucionarios—en el sentido social—no pueden romper la cadena del misticismo, en cualquiera de sus formas. Y para aparecer como revolucionarios, para borrar la pátina romántica, recurren a un truco negativo: la invención de carátulas «revolucionarias». Pero la piel nueva cuando sirve de funda a un cuerpo muerto, acartonado por lo menos, carece de perspectivas vitales. Sólo un cambio de contenido puede evitar la momificación del arte.

Por esto un buen porcentaje del arte ultravanguardista—sin contenido socialmente revolucionario—me da una impresión completa de vejez precoz.

Jacobo Danke busca. Su búsqueda no se limita ni se queda en las formas, Otea rutas. Su inquietud no se abisma en los panoramas, ni se estratifica en los paisajes. Dentro del individualismo es revolucionario por el «tono particular» de su humanismo, de su comprensión del hombre. Lo que hay en él de contemplativo y místico, se liquidará en la lucha. La lucha acelera la evolución, crea una visión dinámica de los hombres y de las cosas. Ya en el «Nocturno del Astillero», hay un contenido revolucionario y una emoción revolucionaria, bajo una admirable corteza lírica. Si aun entonces Danke es romántico, es porque no puede desatar ese nudo ciego que hay entre él y ese sentimiento personalísimo que es el de la piedad.

III

Filosofía de marino: ambiente de superstición que genera el renunciamiento, la voluntad floja, el sueño fatalista. La vida se mueve entre los dos polos del azar. Todo parece jugado a la suerte. De allí cierto sabor de misterio: hálito de lo desconocido que tiene que suceder. Hasta el sexo cae dentro de este marco fatalista. El amor es triste y sin rencor.

«Siete letras son bastantes,
—el infierno: siete círculos—
para parecerse a un ciego
vagando en un laberinto».

(Perdita).

Pero en este paisaje tenebroso de «Perdita», sólo ésta es la imagen sombría. La amargura no se dramatiza. Es, si así puede decirse, cristalina, con voz afelpada y casi fresca:

..y debajo del corpiño,
sobre un busto de escultura,
balaban dos corderillos».

He aquí la dulzura de Danke, clara y tierna, en actitud semidogmática, sobre un atormentado fondo pasional.

IV

Angustia. Efervescencia espiritual. Hambre de ahogar el descanso. En todos los poemas irrumpe el desasosiego, candente o helado. En el primer caso es casi lóbrego y en el segundo, casi humorístico. En la fiebre angustiosa crece de nivel lírico:

«En el hueco de la mano
me muerde la paz el grito
de un caracol, y sólo
su nombre es lo que percibo.»

(Perdita).

En veces, es pavor acre. Y tanto, que todo lo que puede hacer es preguntar. Pregunta sobre una tácita respuesta negativa:

«¿De qué me sirve el puñal,
de qué el nostálgico libro
y la polca de añoranzas
del baile de los marinos?».

O la angustia, para ser escéptica, se refugia en una tajante exclamación:

«¡Vida en que el soliloquio fué la devanadera
del corazón errante!...»

(Pan y la sombra).

La angustia lo hace mirar el olvido. Jacobo Danke lo quiere como un punto final sin transcendencia, lo concibe como una tendencia al reposo de todo objeto que se mueve, sin otra fuerza externa que la inicial.

«¿Para qué recordarse de aquel baúl en donde, como una rosa dentro de un féretro, un retrato perdía su relieve pasional?.....»

En los lindes del reposo, la angustia se convierte en preocupación intelectual, aunque un tanto niña:

«El delantal
que el viento hacía zozobrar en olas
del aire infinito..
.....
¡Ay! ¿quién lo aprisionó con insufribles
alfileres?..»

(*Fantasía en la cuarta cuerda*)

Y una nueva zona: la angustia migratoria, el deseo de andar en una intensidad dionisiaca. Es «Jiga transoceánica»: reverso de la sed contenida de Baudelaire, casi melancólica, en su invitación a navegar. Danke se liberta de los tonos nostálgicos, a los que se abona cuando adquiere ideas de fuga. Ahora es frenético, exuberante, firme en el deseo. Espera, sobre un cimientito de impaciencia. De allí que su angustia sea feroz y alegre. Se complace en hacer imágenes plásticas de sus rutas marinas, en asociar ambientes bohemios con objetos que signifiquen lejana quietud:

«Buenos pies luce el océano
cuando echa a rodar la danza.
¡Bien sabe que es su taberna
el mejor museo de anclas!

(*Jiga transoceánica*).

V

Reposo.—Se hace la tristeza renunciamiento pesimista. Hay hasta un poco de sadismo en la aceptación ciega:

«Partir... morir un poco. Es igual. Pero el nudo que desatamos, teje con sus lianas salobres una escala, y por ella tornan los bellos días cruzados de dolientes jardines y de torres gigantes. Es lo mismo.»

(*Exhumación en re menor*).

Se deja margen a un alegre recuerdo, es para luego cerrarle el paso con una brusca indiferencia.

Reposo contemplativo, dulce, sonriente, el de la «Elegía de la botella de agua». La contemplación hincha la imagen. Ahora está al desnudo su don fantástico.

«Felicidad, sí, brumas y madre selvas dentro de la botella de agua.»

Y construye la metáfora suntuosa, apoyada sobre su concepción humana del mar:

«..... Un océano
que se arrodilla sobre las risas y las lágrimas.»

Su emoción se simplifica, se diafaniza, reuniendo—en un esfuerzo rápido—imágenes dispersas.

«Felicidad teñida de barcarolas. Era la noche. El mar. Los puertos. Las islas desoladas».

Impresionismo infantil. Parece que el recuerdo solamente localizara los esqueletos de las cosas, los mástiles donde el poeta ha de amarrar sus paisajes:

Reposo en el silencio. Mirada retrospectiva. Sin embargo, no es realmente hacia atrás, sino hacia adentro. Tal la balada al mar de Curaumilla. El silencio taponaba el recuerdo de los sonidos. En el primer plano, el del pasado; el lejano, hay ruido.

«Cimbra,
una república de campanas sordas
y de friolentas herrerías.»

Bulle la oda y la marimba, se asoma el eco de «un país de arias»; en el segundo plano—el presente—hay recogimiento, delectación sin alborozo, invitación a callar, a sumergirse en dos tiempos confundidos: *antes* y *ahora*.

VI

Sal de mar. Sabor de lo trashumante, ligero sabor acre. Amargura tamizada en «Aristocracia de Otoño» (se describen mendigos cubriéndose del oro que cae de los árboles) y «Verificación del Circo», esqueleto y vestido de un paisaje chaplinesco.

La voz es ronca, dura, vaciado auténtico de una voz nómada:

«..... Falerno
extinguido, mi pobre verdad de saltimbanqui
se me muere de pesar, se me muere!»

Es ésta una interpretación fragmentada de Jacobo Danke. Así creo ponerlo cerca de mí y del público.—ANTONIO GARCÍA.